



ALESSANDRO MANZONI

2º Testimonio del XV EFCSM 2021

Giacomo Mussini

Laico, traductor y colaborador de Ediciones San Juan.

© 2021. Fundación Maior

Con el ánimo de facilitar la difusión de los contenidos del Encuentro se permite la reproducción total o parcial de los textos de la presente publicación con tres condiciones:

- Citación de procedencia.
- Aviso previo a la Fundación Maior, que permita autorizar la reproducción.
- Exclusión de todo fin de lucro.

Gracias por la invitación a compartir algo de un gran poeta de mi tierra¹. No vamos a tener tiempo de leer textos, por lo que me he permitido añadir una pequeña selección a la versión escrita de mi charla, que podrán descargar en la web de la Fundación Maior. Ante todo, espero dejarles ganas de leer, o quizá releer, su obra maestra, la novela *Los Novios* –una joya en la que, dicho de paso, tiene un lugar central el sacramento laical por excelencia, el matrimonio²; y por otra parte, en ella se ve cómo el tejido de la Iglesia está formado por las relaciones vivas entre los distintos estados de vida.

Vamos a proceder del modo siguiente. Primero nos acercaremos al escritor en los años centrales de su trabajo. Luego, profundizaremos el retrato contando la historia de su vida; y el hecho de que Manzoni sea un converso nos ayudará a enfocar la situación y la tarea del laico en el mundo. Ya que la conversión (y analógicamente el bautismo, la elección de la fe) no es un asunto que toque sólo la esfera “religiosa”, mientras que todo lo demás, los aspectos “seculares” de la existencia –la profesión, la familia...– seguirían exactamente lo mismo que antes, obedeciendo a leyes puramente naturales. Ni, por el contrario, la conversión es algo que nos saque del mundo, supuestamente malo, para transferirnos en una esfera puramente “sobrenatural” donde ya nos ocuparíamos sólo de cosas piadosas. Más bien, la conversión (y de nuevo, por analogía, el ser cristiano) transforma *toda* nuestra relación con el mundo; con las palabras de H. de Lubac³, es una «alquimia de todo el ser», y solo a través de este proceso, a realizar dramáticamente cada día en uno mismo⁴, se desemboca en el único «humanismo cristiano» posible, a saber, un humanismo «convertido». Por esto intentaremos ver cómo en el escritor se cumple esta alquimia. Por fin, en un último desarrollo, intentaremos poner a luz unos presupuestos teológicos de la actitud de Manzoni para con el mundo.

Empecemos con una imagen, la de la casa donde Manzoni vivió desde 1813 (tenía entonces 28 años) hasta su muerte en 1873. Estamos en pleno centro de Milán, a pocos pasos del Duomo y del Palacio Real –sede del virrey napoleónico, luego del virrey austriaco, hasta la unificación italiana (en el caso de Milán, desde 1859)–. Y sin embargo la impresión, para el visitante que entra en el patio o mira el jardín al que se asoma el despacho del escritor, es de un lugar apartado y sosegado. Un poco así es Manzoni, al que le convendría la cita de Newman en el tríptico del Encuentro de hoy: un cristiano que vive en el medio del mundo una «paz profunda y escondida», «como un pozo en un lugar apartado y umbrío» –con palabras del propio Manzoni, la «paz nueva» del Espíritu, «paz que el mundo escarnece / mas no puede arrancar» (vv. 79-80 de su himno para el Pentecostés, una de las cumbres de sus *Himnos sagrados*, y de su poesía en absoluto). Y no es una paz puramente psicológica: sabemos que Manzoni sufría de neurosis depresiva, y tenía una actitud extremadamente exigente, incluso atormentada, frente a su trabajo de escritor. Además, fue afligido por muchos lutos en su familia: sobre todo, la querida esposa Enrichetta falleció en 1833, siendo

¹ Para este trabajo he aprovechado mucho el consejo de leer Tommaso Gallarati Scotti, *La giovinezza del Manzoni*, Milano, Mondadori, 1982 (primera ed. 1969). Una monografía académicamente más al día es la de Gino Tellini, *Manzoni*, Roma, Salerno, 2007. Los artículos manzonianos de Cesare Angelini recogidos en *Capitoli sul Manzoni vecchi e nuovi* (1969) y *Variazioni manzoniane* (1974) son una lectura agradable, fácilmente accesible por internet en la dirección www.cesareangelini.it/studi_letterari.html. Señalo que se va preparando por iniciativa pública un archivo web de manuscritos y otros documentos digitalizados, en la dirección www.alessandromanzoni.org.

² En la audiencia del 27 de mayo 2015, el papa Francisco (que se ha profesado en varias ocasiones lector aficionado de Manzoni) ha recomendado la lectura de la novela a los jóvenes novios.

³ En el capítulo «Mysterium crucis» de *Catholicisme*; cito de la ed. it. (*Catholicismo. Aspetti sociali del dogma*, Milano, Jaca Book, 1978), pp. 281-282.

⁴ Véase la reconstrucción de los momentos de crisis espiritual en el desarrollo de Manzoni en Gallarati, *op. cit.*

relativamente joven. El borrador de la poesía que intentó escribir en esta ocasión, *Il Natale del 1833*, es un testimonio impresionante de cómo para el laico cristiano su propia experiencia se vuelve materia de contemplación de fe, no sin lucha.

Subrayé que Manzoni vivía en medio del mundo: en efecto, fue muy cercano a los acontecimientos culturales y políticos centrales de su época, y a su manera partícipe de ellos. Cabe recordar su convencido apoyo al *Risorgimento*, el movimiento de independencia y unificación italiana; o su oda *El cinco de mayo*, escrita para la muerte de Napoleón, que es un ejemplo de una mirada cristiana sobre asuntos del mundo: la grandeza histórica y humana del emperador, sin ser negada, es puesta frente a una grandeza de otro orden, el de la cruz. Sin embargo, Manzoni no era ni un activista inquieto, ni un intelectual perdido en abstracciones: por lo contrario, daba la impresión de ser un buen esposo y paterfamilias⁵, sencillo y común⁶. No se le veía mucho por los salones, pero no era un solitario: cultivaba amistades cordiales, y mantenía relaciones con grandes espíritus (Goethe, Rosmini, Fauriel...). Tenía convencimientos muy claros, y al mismo tiempo aborrecía la polémica. Era un buen feligrés, hombre de piedad rigurosa y austera, sin por esto tener que ser un clerical —ni en el sentido de la mala confusión entre religión y política tan frecuente en el tiempo de la “santa alianza” entre trono y altar⁷, ni en el de la actitud que contestaba a la agresión de la modernidad encerrándose hostilmente en los “bastiones” que un siglo más tarde H.U. von Balthasar exhortó a derribar; y la razón por la que pudo evitar dichas confusiones y moverse con la máxima libertad en lo político y en toda la esfera temporal⁸ es precisamente su estar bien fundado en el centro de la fe, sin separar en sí mismo entre el hombre y el cristiano. Un último rasgo a notar: su humor agudo y afable, que este intelecto serio sacaba de su fino conocimiento del corazón humano. Quizá se habría sonreído de la estampita que vamos pintando de él.

Damos un paso más siguiendo el desarrollo de su vida. Podríamos decir que en su propia sangre hierven los fermentos y las contradicciones de su época. Su madre, Giulia Beccaria, era la hija del célebre autor del ensayo *Dei delitti e delle pene* —un hito en la historia del derecho penal, de tendencia ilustrada, en que se critica la pena de muerte y el uso de la tortura—. Y Manzoni quedará hasta el final un “ilustrado” en el sentido de una racionalidad lúcida y rigurosa —que en él, gran discípulo de Pascal, se une a una mirada profunda en las “razones del corazón”. En cambio, su padre, el Conde Pietro, era un hombre más del *ancien régime*, religioso, y quizá con rasgos “clericales” en el sentido mencionado antes. La pareja, concertada por los habituales motivos de interés, era demasiado dispar; y doña Giulia tenía una relación con Giovanni Verri, otro personaje del círculo de los intelectuales progresistas —hay quien dice que fuese el padre natural de Manzoni. Dentro de pocos años se llega a la separación legal de los esposos; más tarde, la rebelde Giulia se

⁵ Decimos esto en el sentido de la fidelidad a los deberes del estado conyugal, sin por esto omitir el hecho de que las relaciones con algunos hijos e hijas no siempre fueron idílicas.

⁶ «Ha posto tanta cura in apparir semplice, e quasi minchione», escribió de él P. Giordani («Ha puesto tanto cuidado en aparecer como hombre simple, casi tonto»); referencia en la Premisa de Tellini, *op. cit.*).

⁷ La confusión entre esfera religiosa y política es criticada p. ej. en una carta a L. Tosi, su confesor, del 1 de diciembre 1819.

⁸ Gallarati, *op. cit.*, subraya p. ej. la actitud libre de Manzoni frente a su confesor, sobre todo respecto a los intentos de parte de éste de “dirigirle” de forma demasiado exterior en el ámbito de su trabajo poético. Por supuesto, dicha libertad es una libertad plenamente *filial*, en el marco del *sentire cum Ecclesia*: «...colla Chiesa voglio sentire, esplicitamente, dove conosco le sue decisioni; implicitamente dove non le conosco; sono e voglio essere colla Chiesa, fin dove lo so, fin dove veggo, e oltre» («quiero sentir con la Iglesia, explícitamente cuando conozco sus decisiones, implícitamente cuando no las conozco; estoy y quiero estar con la Iglesia, hasta donde sé, hasta donde veo, y más allá»), escribe a Antonio Cesari el 8 de septiembre de 1828, en una larga carta sobre el tema del ministerio petrino, y de la diferencia entre fe y opiniones particulares.

marchará a París con un nuevo compañero, el Conde Carlo Imbonati, viviendo con él en la poco recomendable condición que se solía designar como “libre amor”. En el mejor caso el pequeño Alessandro no llegó a recibir muchas impresiones de este drama familiar: en su primera infancia estuvo confiado a una niñera, luego desde los seis hasta los dieciséis años fue educado en internados religiosos. Allí recibió su primera formación literaria, junto con una experiencia muy negativa de lo cerrado y autoritario del ambiente. Y allí maduró —era un adolescente precisamente en los años de la Revolución Francesa y de las guerras que intentaron exportar ese espíritu a toda Europa— su rebelión (llegó a cortarse la coleta que era símbolo de la nobleza), y su rechazo de la religión en que había sido bautizado, que veía como cruel cómplice de los déspotas. Uno de sus primeros poemas, escrito entre los 15 y 16 años, se titula *El triunfo de la libertad*: en él, entre otras cosas, la Libertad personificada aplasta con su carro, con una risa de escarnio, a la Tiranía y la Religión, dos horribles fantasmas que se abrazan. Tampoco faltan críticas muy duras contra el papa y la curia romana, contra el celibato eclesiástico, contra los religiosos... Estamos en pleno aire jacobino. (Hay que decir que una nota al margen del manuscrito, medio borrada, hace entrever un espíritu sincero y recto: el joven Manzoni afirma criticar los abusos, no directamente los principios del Evangelio).

La etapa siguiente tiene lugar en París a partir de 1805: terminados los estudios, tras un tiempo de vida bastante desordenada, con 20 años Alessandro se reúne con su madre. En la capital francesa (que entonces era el centro del mundo) frecuenta el ambiente de los *idéologues* —un grupo de intelectuales herederos de la Ilustración y que forman el eslabón entre ésta y el Romanticismo—, especialmente se vuelve amigo de Claude Fauriel y su compañera Sophie de Condorcet. En el Conde Imbonati, recién muerto, ve un punto de referencia: la imagen de este gentilhomme con su alta virtud estoica le inspira una concepción orgullosa de su propia misión de poeta como aportación al bien común: no ir en busca de las vanidades del mundo, sino « Sentir ... e meditar: di poco / Esser contento ... / non ti far mai servo: / Non far tregua coi vili: il santo Vero / Mai non tradir: né proferir mai verbo, / Che plauda al vizio, o la virtù derida» (*In morte di Carlo Imbonati*, vv. 207-215)⁹. La idea de una misión civil quedará también en adelante: la literatura tiene que proponerse «l'utile per iscopo, il vero per soggetto e l'interessante per mezzo»¹⁰. Mientras tanto, su madre va buscándole una esposa —aunque él se hubiese alguna vez profesado contrario al matrimonio, no viendo en él nada más que una institución hipócrita. Sin embargo, Doña Giulia se sale con la suya: Alessandro se enamora enseguida de la jovencita que la madre ha encontrado para él, la ya mencionada Enrichetta Blondel. Además de sus cualidades femeninas, Alessandro ve en ella dos ventajas adicionales: no es noble, y es protestante¹¹ (era de familia Suiza, de Ginebra, aunque hubiese nacido y viviese en Lombardía). Se casan en 1808, en Milán, con rito calvinista —quizá no sin las murmuraciones de algún católico biempensante—. Pronto nace la primera hija, Giulia: para nuestra sorpresa, y superando la oposición de Enrichetta, Alessandro decide bautizarla en la Iglesia católica (el 23 de agosto de 1809). Es el primer signo de su vuelta a la religión católica, no sin un punto de ironía, ya que seguramente en esto jugó un papel no secundario el hecho de experimentar la sincera y profunda piedad de su esposa (y sin duda su intercesión en secreto)¹². En febrero de

⁹ «Sentir... y meditar: con poco / estar contento... / nunca hacerse siervo: / No dar tregua a los viles: lo Verdadero, santo, / nunca traicionarlo: jamás proferir palabra / que aplauda al vicio o se burle de la virtud».

¹⁰ Carta a Cesare Taparelli d'Azeglio del 22 de septiembre 1823.

¹¹ Lo afirma en una carta a Fauriel del año 1807, la n. 38 en A. Manzoni, *Tutte le lettere*, a c. di C. Arieti, Milano, Adelphi, 1986.

¹² Sobre la figura de Enrichetta puede leerse el texto de una ponencia del Cardenal Giovanni Colombo (publicado en su *Con il Manzoni*, Azzate 1986, y accesible por internet a la dirección www.chiesadimilano.it/cms/documenti-del-vescovo/giovanni-colombo/gc-interventi/enrichetta-blondel-la-santa-di-casa-manzoni-15399.html). Cf. también Umberto Colombo, *Vita di Enrichetta Manzoni Blondel*, Milano, Istituto propaganda libreria, 1991.

1810, el matrimonio vuelve a celebrarse católicamente, y en mayo la misma Enrichetta abjura del calvinismo (por esto tendrá que sufrir críticas por parte de su familia de origen).

Siendo Manzoni un hombre muy reservado, no sabemos mucho acerca de cómo ha llegado a dar el paso de la conversión. Podemos pensar que hay varios caminos que la providencia de Dios lleva a juntarse y corona con un momento de gracia especial —una iluminación recibida en París, en la Iglesia de San Roque, el 2 de abril de 1810. Hay un camino más “afectivo”, a través de la presencia y el ejemplo de Enrichetta; pero seguramente hubo también, en paralelo, una profundización intelectual, una confrontación con la pregunta. Y como Manzoni es esencialmente un poeta, en él el *sentir*, la percepción, la *estética* (en el sentido de Balthasar), es algo fundamental: así que en él esta lenta maduración interior no es un hecho *puramente* intelectual, “de la cabeza”¹³. Si puedo permitirme un paralelo atrevido: como san Agustín llega a la conversión propiamente cristiana también al hilo de sus reflexiones filosóficas, así, entre otras cosas, es profundizando su sensibilidad poética como Manzoni siente y percibe la verdad del cristianismo¹⁴. Lo intuyó el papa Pablo VI, desde luego un aficionado de Manzoni: el escritor milanés, afirma el papa en una carta para el 100º aniversario de su muerte, «percibió que la literatura está estrictamente unida a la vida, y que la vida está unida a la verdad religiosa; y advirtió que no se puede dar una respuesta al secreto del arte antes de haber intuido la respuesta al sentido de la vida»¹⁵.

Como decía en la introducción, observar la transformación “alquímica” que la conversión supone es interesante para una tarea muy típica del laico, es decir la relación del cristiano con el mundo. Esta alquimia es al mismo tiempo un cambio radical y un cumplimiento; y es una síntesis en la que los muchos elementos de su personalidad tan compleja, de su historia, de su cultura van a formar una figura orgánica y convincente¹⁶.

En el primer aspecto —el cambio radical—, hay en la experiencia de Manzoni algo de los cortes dolorosos que la palabra “conversión” conlleva (el pasaje de De Lubac que ya cité habla de la «gran sombra de la cruz» que tiene que cubrir todo humanismo para que éste llegue a su verdadera plenitud): por ejemplo, el enfriarse de las relaciones con los amigos más queridos, que ahora no pueden entender lo que pasa; el dejar todo un mundo, todo lo que había representado en sus ojos el “divino París” (así lo llama en una carta), para volver definitivamente a Milán. Y también en el plano teórico, Manzoni tiene un sentido muy vivo de la novedad fundamental de la Revelación cristiana de cara al paganismo antiguo y a la moral filosófica atea¹⁷, así como de la absoluta imposibilidad para

¹³ Gallarati Scotti, p. 119s., sugiere por ejemplo que la frialdad del rito calvinista de la boda («Esas bodas despojadas de toda poesía —totalmente desnudas—») haya jugado un papel no secundario en despertar en el alma del poeta un sentido para los sacramentos en su realidad católica: así que al tener que escoger el rito para el bautizo de Giulietta el escritor, advirtiendo como un profundo reclamo de sus raíces, «se descubrió católico aun antes de ser creyente».

¹⁴ Cf. las afirmaciones en una carta a Diodata Saluzzo di Roero del 11 de enero 1828 (cursivas nuestras): «Egli è vero, che l'evidenza della religione cattolica riempie il mio intelletto; [...] Le verità stesse che pur si trovano senza la sua scorta non mi sembrano intere, fondate, inconcusse, se non quando sono ricondotte ad essa, ed *appaiono* quel che sono, conseguenze della sua dottrina». («Es verdad que la *evidencia* de la religión católica llena mi inteligencia... Las mismas verdades que se encuentren sin el acompañamiento de la religión no me parecen enteras, bien fundadas, incontestables, si no cuando son reconducidas a ella, y aparecen como lo que son, consecuencias de su doctrina».

¹⁵ «Egli sentì che la letteratura è strettamente congiunta alla vita e la vita alla verità religiosa, e che non si può dare una risposta al segreto dell'arte se prima non sia intuita la risposta al senso della vita»: Pablo VI, *Lettera al card. Giovanni Colombo arcivescovo di Milano*, AAS 65 (1973) 302, consultable en la dirección www.vatican.va/content/paul-vi/it/speeches/1973/may/documents/hf_p-vi_spe_19730519_centenario-manzoni.html

¹⁶ Un ejemplo: en su ensayo *Historia de la columna infame* se unen el “ilustrado” y el “moralista”.

¹⁷ V. las estrofas 7-10 de la *Pentecoste*; o, en la introducción a la *Morale cattolica*, la afirmación de que la sabiduría predicada por Pablo en el Areópago de Atenas «ha rese tanto superiori le donnicciole cristiane ai saggi del gentilesimo» («ha hecho a las mujercillas cristianas ignorantes muy superiores a los sabios del paganismo»)

el hombre caído de levantarse sin una gracia radicalmente gratuita —aquella gracia que se le ha manifestado de forma tan intensa¹⁸.

Al mismo tiempo —segundo aspecto— la conversión no conlleva la destrucción de todo lo bueno que había antes (de aquí, entre otro, la falta de cualquier fanatismo en Manzoni), más bien lo lleva a su cumplimiento y desvela su profundidad última; así como la Redención es un sí sobreabundante a la creación buena del Padre, y lo que abre a esta creación posibilidades hasta entonces inimaginables.

Por último, la conversión transforma la manera de relacionarse con la materia del mundo: en nuestro caso, su manera de ser poeta y concebir su misión poética. ¿Cómo se configura esta transformación? En negativo, hay el rechazo de un cierto tipo de clasicismo —que es a la vez liberación del ropaje mitológico y de unas reglas de composición demasiado exteriores—. En positivo, la poesía nueva de Manzoni se caracteriza por un talante “popular”: 1) en la inspiración —p. ej. en el carácter coral de los himnos sagrados, que expresa la participación en la vida del pueblo de Dios (del *laós hagios*, de donde *laico*); o también los acentos conmovidos delante del Niño en el pesebre en el himno para la Navidad; 2) en el sujeto (su novela toma como protagonistas a gente sencilla); 3) en el estilo —ya en los himnos, aunque hoy en día nos parezcan bastante áulicos—; y sobre todo en la novela, sometida a un trabajo de revisión lingüística de más de diez años, para buscar un idioma italiano moderno, que jugó un papel importante tras la unificación nacional. La labor formal coincide con un esfuerzo de sobriedad: otro poeta, Umberto Saba, ha definido a Manzoni como «el más abstemio y el más sobrio de los poetas italianos», uno que no se «emborracha para aumentarse»¹⁹. Y se hizo famoso el juicio de un importante lingüista, según el cual Manzoni «è riuscito, con l’infinita potenza di una mano che non pare aver nervi, a estirpar dalle lettere italiane, o dal cervello dell’Italia, l’antichissimo cancro della retorica»²⁰.

Nótese que toda esta transformación poética es un proceso mucho más profundo que simplemente poner un instrumento en sí neutral “al servicio” de una “buena causa”, de forma exterior. Es más bien como la levadura que hace fermentar la masa. Y entre los ingredientes de la masa que Manzoni trabaja hay también sus antiguas ideas jacobinas de *liberté*, *égalité* y *fraternité*, así como las nuevas tendencias del Romanticismo que están afirmándose en la literatura europea precisamente en estos años; mientras la levadura sabe a sencillez cristiana, sabe a aquel “hacerse como niños” que abre las puertas del Reino²¹. He aquí la síntesis vital de las distintas “almas” de

¹⁸ A propósito de la gracia, cabría una palabra sobre las supuestas tendencias jansenistas de Manzoni: fue un sacerdote jansenista, Eustachio Dègola, su primer guía espiritual tras la conversión, en París; y era de ideas parecidas también su confesor tras la vuelta a Milán, el canónigo Luigi Tosi. Sin embargo, creo que se pueda afirmar con C. Angelini (*La conversione*, cit. en la n. 1) que Manzoni nunca fue jansenista en sentido doctrinal ni en sentido político; más bien, quedó marcado por la seriedad religiosa y moral de aquellos ambientes, al mismo tiempo guardando siempre el fundamental equilibrio católico.

¹⁹ Umberto Saba, *Quello che resta da fare ai poeti*, in Id., *Tutte le prose*, a c. di A. Stara, Milano, Mondadori, 2001, pp. 675ss. En los versos de Manzoni, afirma Saba, se muestra «la costante e rara cura di non dire una parola che non corrisponda perfettamente alla sua visione». («el constante y raro cuidado de no decir ni una sola palabra que no corresponda perfectamente a su visión»). En el mismo texto, también se afirma que la originalidad literaria no es sino el efecto del encontrarse a uno mismo (en cambio, quien empiece «no por la necesidad de reconocerse sino por un deseo desenfrenado de originalidad... no encontrará nunca su verdadera naturaleza, no dirá nunca nada inesperado»): palabras que podrían referirse a la relación, en Manzoni, entre conversión religiosa y descubrimiento de su más auténtica voz de poeta.

²⁰ Graziadio Isaia Ascoli, *Proemio all’Archivio Glottologico Italiano*, 1872, in Id., *Scritti sulla questione della lingua*, Torino, Einaudi, 1975.

²¹ Cf. la cita de Mt 11,25 («Te doy gracias, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has escondido estas cosas a los sabios y entendidos, y se las has revelado a los pequeños») en la carta a Fauriel del 21 de septiembre 1810, donde con su típico humor Manzoni se identifica con un *parvulus*, uno de los niños de los que habla el evangelio. Cf. también

Manzoni. Y mirando a la tarea del laico podríamos resumir así: es cumpliendo cada día en uno mismo el proceso de la conversión, a saber, viviendo de la fe, que uno transforma y “convierte” la masa del mundo que le toca trabajar, según sus dones y capacidades²².

Permítanme un último desarrollo, que intenta profundizar los presupuestos teóricos de todo esto con la ayuda de un tratado de Manzoni: las *Observaciones sobre la moral católica*. La obra, que quedó inacabada, se presenta como una contestación al historiador suizo J. Ch. Sismondi (al que Manzoni no deja de elogiar en cuanto historiador): en su valiosa *Historia de las Repúblicas Italianas en la Edad Media*, Sismondi pone la moral católica entre las razones de la corrupción y decadencia de Italia²³. De hecho, la contestación de Manzoni es para él la ocasión de confrontarse intensamente con la modernidad (ilustrada y protestante) como “secularización” del pensamiento. Ahora bien, ¿cuáles son los presupuestos teológicos sobre que Manzoni desarrolla esta confrontación? Un primer punto es la afirmación de que el mundo es la creación buena del Padre²⁴: p. ej., rechazando la contraposición moderna de razón y religión, Manzoni afirma que ambas son regaladas por el único y mismo Dios cuyos dones son sin arrepentimiento (*M* III, citando Rm 11,29). Pero las cosas son aún más profundas: razón y religión no están simplemente una a lado de otra, sino que en la religión «la ragione trova il suo compimento» (*M* XV). Por esto, vamos a leer un pasaje de la introducción a la *Moral*:

...l'unità della rivelazione è tale che ogni piccola parte diventa una nova conferma del tutto. [...] E più s'esamina questa religione, più si vede che è essa che ha rivelato l'uomo all'uomo, che essa suppone nel suo Fondatore la cognizione la più universale, la più intima, la più profetica d'ogni nostro sentimento.

Parece que Manzoni anticipe (quizá sacando a su vez de Pascal²⁵) una famosa formulación del Vaticano II, y precisamente del documento que renovó profundamente la relación entre «la Iglesia y el mundo actual», como reza el subtítulo: «en la misma revelación del misterio del Padre y de su amor», Cristo «manifiesta plenamente el hombre al propio hombre y le descubre la sublimidad de su vocación» (*Gaudium et Spes* 22). La revelación sobrenatural es lo que revela lo bueno de la naturaleza en su profundidad última (de la que forma parte su constitutiva apertura a lo

P.C. Bori, «*Star basso*»: *l'antropologia religiosa di Alessandro Manzoni*, in *Cristiani d'Italia: chiese, società, Stato, 1861-2011*, a c. di A. Melloni, Roma, Istituto della Enciclopedia italiana fondata da Giovanni Treccani, 2011 (el artículo se puede consultar a la dirección www.treccani.it/enciclopedia/star-basso-l-antropologia-religiosa-di-alessandro-manzoni_%28Cristiani-d%27Italia%29/) que sobre todo en la conclusión muestra eficazmente la humildad como rasgo fundamental del *ethos* del Manzoni convertido.

²² Una idea central de Gallarati, *op. cit.*, es que el talento de Manzoni es esencialmente poético. De aquí el autor (p. 240) explica también el discreto sustraerse de Manzoni a los que hubieran querido enrolarle en una “guerra cultural” contra los “sarracenos modernos”.

²³ Vemos aquí plantearse otra vez, de otra forma, el tema de la relación entre cristianismo y esfera del mundo: para Manzoni sería absurda tanto la idea de una doctrina que sea buena en un plano meramente religioso, pero produzca efectos malos en el ámbito civil («se la morale che la Chiesa insegna, portasse alla corruttela, converrebbe rigettarla», dice en la introducción), como la de una moral filosófica que sea en contradicción con la verdad religiosa —o, mejor dicho, con la verdad en absoluto; «Perché, se queste cose saranno interamente vere in un modo di pensare umano, saranno vere in qualunque modo di pensare», dice en el cap. III, contra Montesquieu que había afirmado que en su *Ésprit des Lois* «il pourroit y avoir des choses qui ne seroient entièrement vraies que dans une façon de penser humaine».

²⁴ Al amigo Claude Fauriel escribe el 25 de marzo 1816, hablando de sus *Himnos Sagrados*: «J'ai tâché de ramener à la religion ces sentiments nobles grands et humains qui découlent naturellement d'elle».

²⁵ «No solamente no conocemos a Dios sino por Jesucristo, sino que tampoco nos conocemos a nosotros mismos sino por Jesucristo»: *Pensées*, n. 729 Chevalier.

sobrenatural). Esta revelación, que es también un cumplimiento, es llevada a cabo por Cristo, en cuya persona se unen la naturaleza humana y la divina, sin confusión y sin separación²⁶.

Con estos presupuestos, creo que podemos entender por qué la confrontación de Manzoni con la modernidad no es una mediación imposible entre opuestos, sino un humilde intento de “llevar a casa” –por cierto, no a la propia, sino a la casa del Padre– un pensamiento que se ha alejado. Por ejemplo, entendemos el sentido último del liberalismo político de Manzoni: la *liberté* revolucionaria puede ser puesta a salvo, porque la libertad es al fin y al cabo lo que Dante llama “el mayor don” que Dios hizo al hombre creado a su imagen²⁷. Entendemos su sentido de la igualdad de todos los hombres, y su fraternidad con los humildes, ya que cada uno es el hermano “por quien Cristo ha muerto” (Rom 14,15. Cf. *Pentecoste*, vv. 71s.: «a tutti i figli d’Eva / nel suo dolor pensò»²⁸).

Y todo culmina en la caridad: esa virtud sobrenatural que eleva el amor humano –el amor sencillo del vaso de agua dado “a uno de estos pequeños”– haciéndolo partícipe de la medida del Amor que el mismo Dios es (retomo libremente la conclusión del cap. III de la *Morale*, el capítulo fundamental en que se plantea la relación entre moral filosófica y teología). El laico Manzoni vive de esta caridad, a la vez humilde e intrépida (como dice Federico Borromeo en una página estupenda de *Los novios*, cap. XXV). Y así puede tener la paz profunda de quien sabe que, si hay lucha, puesto que las tinieblas siempre se opondrán a la luz, ya la Verdad ha vencido, ya la mediación está hecha por el Único Mediador. Por esto me parece bien terminar –también como modelo de estilo para un cristiano en la lucha del mundo– con las palabras serenas con que se cierra la introducción a la *Moral Católica*:

Espero haberla escrito [esta pequeña obra] con intención recta; y la publico con la tranquilidad de quien está firmemente convencido de que el hombre puede alguna vez tener el deber de hablar para la verdad, pero nunca el de hacerla triunfar.

²⁶ Una clara resonancia de este dogma cristológico fundamental se escucha a mi parecer en un pasaje importante de la *Morale Cattolica*, donde se afirma que en su enseñanza Jesucristo «unì ... la filosofia morale alla teologia», con lo cual a la Iglesia no le corresponde separarlas (*M III*). En la conclusión del mismo capítulo se habla de la unión operada por el Evangelio del amor humano con la Caridad divina.

²⁷ La cita de Dante es de *Paradiso* 5,19. Sobre el hombre imagen de Dios en Manzoni, cf. el artículo de P.C. Bori ya citado.

²⁸ «en todos los hijos de Eva / pensó en su dolor».